

números, sean la única autoridad ante la cual se inclina con respeto el Estado moderno. De aquí que destruyese la Revolución la antigua constitución histórica de las provincias y Estados de Francia, que metiese en una urna todos sus despojos, que se elevaban á veinticinco millones, que sacase un número igual de números y formase con ellos la nueva división en departamentos, distritos y municipios.

El liberalismo ha hecho lo mismo. Su famosa organización de las circunscripciones electorales, de las que se muestra tan orgulloso, es una de las pruebas que atestiguan la idea que se ha formado de la sociedad. Precisamente con esta y otras constituciones similares, puramente mecánicas, ha despojado á la sociedad de su vida sana, de una representación natural, y ha permitido el dominio sin trabajo, sobre la masa general de los ciudadanos, al pequeño número de los que usufructúan el poder, en tanto que, por lo contrario, los individuos no tienen medio alguno para hacerse valer á los ojos de la totalidad. Pues bien, la constitución de los Estados y el régimen feudal tan difamados obviaban estos inconvenientes. Ahora, los particulares, para que se fijen en ellos, sólo poseen medios violentos, las revueltas, los clamores y los partidos artificialmente formados. Así es como el liberalismo ha preparado especialmente el camino al socialismo, cuyo ideal consiste en que todos los hombres pertenezcan á la comunidad, que todos dispongan de todos y de todo, según su capricho, pero que nadie, ni en las altas ni en las bajas esferas, pueda reivindicar para sí intereses ni derechos.

7. El liberalismo en la economía política.—En el terreno político, el liberalismo se ofrece, pues, como intermediario entre el radicalismo y el socialismo; y lo es más todavía con relación á la economía política y á la cuestión social. Tampoco en este punto ha dado pruebas de independencia. Los fisiócratas, los padres de la economía política que actualmente impera, pertenecen también á los progenitores de la Revolución; pero los economistas libera-

les dependen también de ella. Ricardo y Cobden, estos hombres de los que tan orgulloso se muestra el liberalismo, y á los que considera como adalides de sus ideas económicas, no son más que discípulos de Adam Smith, quien, con Rousseau, bebió toda su ciencia en el seno maternal de la Revolución, como antiguamente Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba. Cuando Rousseau hubo realizado el principio del individualismo en el Estado, y cuando Smith se hubo encargado de extenderlo á la economía política con su doctrina del *dejar hacer* y del *dejar pasar*, Kant, como ya lo hemos visto, aplicó el mismo principio á la política interna y al derecho privado.

Quien no cierre voluntariamente los ojos á la verdad de que los dos sistemas que han conquistado al liberalismo la soberanía en el campo económico, han salido de la Revolución, tampoco se asombrará de que haya tomado á este último las armas con que ha dado los más rudos golpes á la antigua organización social, golpes con los cuales ha renovado la faz de la tierra, y allanado el camino al socialismo, á saber, la abolición de las corporaciones de artes y oficios, la libertad industrial y comercial, los ataques al derecho de sucesión, la división é inestabilidad de la propiedad territorial, la proscripción del desenvolvimiento histórico en los derechos transmitidos por herencia. ⁽¹⁾

En lo concerniente á estas prescripciones, que son las suyas, la Revolución ha hecho ya las experiencias inseparables de su aplicación. Fué bastante prudente para poder moderar, en armonía con su poder, sus efectos perniciosos, pero, las medidas que tomó, la ley sobre el máximo, por ejemplo, fueron tan vanas como violentas. Si el liberalismo fuera capaz de aprender algo, hubiera podido sacar una sabia enseñanza de todo esto. Pero, despreciando las advertencias de la historia que tenía á la vista, ha fraccionado por completo la sociedad, haciendo de ella

(1) Richter, *Staats und Gesellschaftsrecht der franz. Revol.*, I, 104 y sig., 137 y sig.; II, 432 y sig.

un caos de átomos, en la creencia de que, con sus palabras de progreso y de libertad de conciencia, hacía lo suficiente para que la humanidad se considerase como un pueblo de hermanos. Sí, los hermanos se han encontrado, y tanto más se estrechan los unos contra los otros, cuanto que el liberalismo ha reducido á polvo la comunidad. Esta congregación es el socialismo. Ante esta confraternidad, el mismo liberalismo desaparece, como el polvo al soplo del viento. Por su individualismo, esta creación, de que tan orgulloso estaba, ha preparado su ruina. El hijo mayor del individualismo es el liberalismo, y su hijo menor el socialismo. ⁽¹⁾

8. El liberalismo como enemigo de lo sobrenatural.—Con razón podemos decir que hay pocas cosas en el mundo con las cuales pueda compararse el liberalismo. ¿Qué nombre darle? ¿El de escuela, sistema, partido, secta? ¿En qué categoría colocarlo? ¿Entre los partidos religiosos, entre los políticos, entre los filosóficos? Es todo esto y no es nada de esto, del mismo modo que su padre Talleyrand era á la vez obispo y marido, diplomático y escritor, francés y amigo de los enemigos de su patria, republicano, bonapartista y legitimista, engalanado, como dice Madama de Staël, con todas las malas propiedades del antiguo como del nuevo régimen. Todo lo quiere renovar: religión, política, filosofía, educación, economía política, sociedad, formación, cultura. Ofrece encadenar á todos los espíritus, y en realidad, todos tienen cabida bajo su amplio manto: los ateos, los judíos y, ante todo, los servidores de Isis. De aquí que no sea nada bueno, y no satisfaga más que á aquellos que se muestran de buen grado generosos con el bien ajeno. De aquí el hecho de que sus más convencidos partidarios se recluten en la muchedumbre de los que viven á expensas de otros: los capitalistas ociosos, los amigos de jaranas acribillados de deudas, los banqueros quebrados de la fe, de la moral y del dinero. No puede sostenerse más que bordeando y cam-

(1) Cf. *Hadwörterbuch der Staatswissensch.*, IV, (2), 1336, 1340, 1345.

biando constantemente de posición. Es como el Proteo de la fábula. Ciertamente, Darwin no ha sacado del ichtyosauro y del gorila primitivo sus doctrinas sobre las transformaciones primitivas, sino del liberalismo, porque jamás se ha visto nada en el mundo que fuese tan apto como él para revestir todas las formas. Es todo lo que uno quiere que sea, y se orienta según el viento que sopla. Con tal que vea alguna ventaja en ello, lo mismo puede ser pagano que turco, mormón que chino; con tanta facilidad jura por el fetichismo como por el budismo; no se entusiasma menos con la revolución que con el despotismo, y cuando llegue la hora, quizás aplaudirá también los éxitos del socialismo. Todo puede pedírsele, menos una cosa: carácter. Puede uno entablar con él toda clase de tratos, menos sobre un punto: el odio contra una verdad inmutable, una ley inquebrantable y el único antemural que éstas tienen en la tierra: la Iglesia.

Este odio contra la Iglesia, ó, en otros términos, contra la doctrina de que lo sobrenatural tiene algo que hacer en el mundo, constituye el único punto que une á todos los representantes del liberalismo. Y aun podría decirse que es el único artículo de fe en que creen. El tesoro de la verdad, los medios de salvación, los derechos que constituyen el depósito que Jesucristo ha confiado á su Iglesia, son la mina de donde saca las concesiones y los sacrificios que hace al espíritu del tiempo. Se atribuyen á uno de los más ilustres generales alemanes, el príncipe prusiano Federico Carlos, estas palabras: «No temo ningún peligro para mi patria, mientras haya muchas mercancías averiadas que arrojar como presa á los lobos». Con la perspicacia que le era tan característica, el gran jefe del ejército describió admirablemente la política del liberalismo. Otra cosa sería saber si dió pruebas de esta perspicacia en la política. Como general, debía saber mejor que nadie que el enemigo victorioso no se contiene con el botín de que un adversario en derrota siembra su camino, como se detiene un niño con cerezas. El vencedor está seguro de poseer lo

que deja tras de sí, y sólo se propone un objetivo: aniquilar al ejército en fuga. Cuanto más cubierto vea el camino de despojos atractivos, más seguro está de que el enemigo carece de esperanza y huye en plena derrota.

Tal es hoy día la situación del liberalismo. Con lo que sacrifica del Cristianismo y de lo sobrenatural, no hace más que mostrar demasiado al socialismo su ansiedad y su alocamiento. Han pasado ya los tiempos en que éste podía contentarse con semejantes procedimientos. Pero, al repetirlos, el liberalismo le ha hecho crecer en ambición y en audacia. Actualmente, ha logrado ya su completo desenvolvimiento y tiene conciencia de su fuerza. Ya no cuenta con la Iglesia, porque el liberalismo le ha enseñado constantemente que se había dado buena cuenta de ella. El único enemigo que hoy tiene á la vista, el único á quien persigue, con tanto más encarnizamiento cuanto que con más generosidad arroja éste á sus pies fe, moral, verdad y derecho, es el liberalismo.

9. La perfidia recae sobre su autor.—Así, la perfidia recae siempre sobre su autor, y, con mucha frecuencia, sobre la fina diplomacia y sobre sus principales representantes. Según la ley tan sencilla dada por Dios, no se triunfa del error más que con la verdad, y de la anarquía, con la sumisión á las leyes; pero no poniéndose al servicio de la mentira y de la revuelta. El liberalismo ha creído ser más prudente y hallar una ventaja mayor haciendo una contrarrevolución, creyendo con ello desbalijar á la revolución y aprovecharse de los frutos que había producido; pensaba expulsar á Satán por medio de Belcebú, y poder hacer entrar á los dos en fuego contra lo sobrenatural, á fin de quedarse él solo como único poder sobre la tierra, después que se hubieran aniquilado recíprocamente. Al obrar así, se ha abierto su propia tumba y contribuído á fomentar las fuerzas de su verdugo, el socialismo. Actualmente todavía, estas dos potencias, están en guerra. ¿Qué resultará de esta lucha? No podemos decirlo. Lo único que sabemos es que los indecisos sucumbirán á los bravos, y

que lo sobrenatural sobrevivirá al liberalismo y al socialismo, al absolutismo y á la revolución, á todos sus enemigos, al mundo entero.